

LECTIO BREVIS: LA UCAB EN SU 40 ANIVERSARIO

Luis Ugalde, s.j.

Rector de la Universidad Católica
Andrés Bello

Autoridades Universitarias, Profesores, Empleados y Obreros, Estudiantes

«La inauguración de una Universidad Católica en Venezuela señala una nueva era en los anales de la Educación: significa que a la iniciativa privada -esa fecunda fuente de progreso nacional- se le abre un nuevo cauce donde corra y se despliegue; significa que a la Iglesia Católica se le reconoce su derecho a enseñar, no sólo en las primeras etapas de la educación, sino también en aquellas donde culmina la formación del ser humano...»

Así empezaba el discurso inaugural de esta Universidad su primer Rector, P. Carlos Guillermo Plaza, S.J. en octubre de 1953, hace 40 años.

Hasta ese momento era inconcebible en Venezuela la existencia misma de una universidad privada. Más imposible parecía una universidad católica, pues cierta mentalidad de la época consideraba que la religión y la ciencia no podían convivir en la Universidad y que la visión científica de la vida relegaba la religión al mundo de los ignorantes o a lo más a la dimensión humana de los sentimientos, pero no tenía entrada en el templo universitario de la razón científica.

No pocos consideraban imprudente que se encomendara a la Compañía de Jesús esta riesgosa iniciativa católica, decretada dos años antes por el Episcopado venezolano. Los jesuitas habían sido expulsados del territorio venezolano en 1767 por el Rey de España al excluírlos de todos los territorios de la Corona. Pasaron 149 años sin que en Venezuela hubiera ningún religioso de la orden fundada por San Ignacio de Loyola. Sin embargo en tiempos de la masonería y del liberalismo anticlerical militante, en 1848 el presidente, José Tadeo Monagas, había dado un decreto de prohibición de *jesuitas de ambos sexos* en Venezuela. Muy tímidamente entraron los primeros tres o cuatro en 1916 a solicitud del

Arzobispo de Caracas y del Nuncio, para dedicarse a la formación de jóvenes que en el Seminario se preparaban para el sacerdocio. Pero todavía en 1953 en muchas esferas anticlericales había desconfianza hacia la Compañía de Jesús, y estaba muy reciente el debate político que en 1947 pedía su nueva expulsión del país.

Así arrancó nuestra Universidad -católica y dirigida por la Compañía de Jesús-, de manera tímida, sin recursos económicos, en casa prestada por el colegio San Ignacio, sólo con 95 alumnos de Ingeniería y 61 en Derecho. El Episcopado dos años antes, reunido en Mérida, había manifestado su voluntad de crear una Universidad Católica. Ahora después de vencer todas las dificultades, celebraba su apertura solemne, el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Armando Lomardi, *con el corazón henchido de emoción y de esperanza*, expresaba el júbilo de la Iglesia y deseaba el pleno éxito con la fórmula clásica: *¡Vivat, crescat, floreat!* Viva, crezca y florezca.

El ministro de Educación, Dr. José Loreto Arismendi, que había logrado vencer la resistencia de personas y los obstáculos jurídicos a la apertura de las universidades privadas, daba gran importancia al hecho de que se tratara de una Universidad Católica bajo la responsabilidad educativa de la Compañía de Jesús:

«Hay que tener gran confianza -decía- en el éxito de esta nueva Institución, que va a ser regida por manos expertas y atendida por un selecto cuerpo de profesores. No ha de estorbarlo, sino al contrario, su condición de católica, ni la inspiración de los venerables PP. Jesuitas, como pudieron pensarlo espíritus apasionados. Nadie siquiera medianamente enterado de la historia de la civilización podrá negar cuánto debe ésta al catolicismo, ni desconocer la influencia beneficiosa de la Iglesia Católica en el desarrollo de los estudios universitarios: bajo su influencia protectora florecieron y se desarrollaron las Universidades medioevales y se contaron abates, monjes y Doctores de la Iglesia entre sus principales maestros. Y especialmente cuánto debe el mundo en ciencias, artes y letras a la eficientísima función pedagógica de las denodadas huestes de Ignacio de Loyola, si alguna vez perseguidos en siglos pasados, siempre triunfantes, y en la actualidad, como en todo lo que va de siglo, sus grandes centros de enseñanza gozan de unánime prestigio en todas las naciones cultas».

El ministro Arismendi, con visión actual, vislumbraba el gran beneficio que traería para el país la sana competencia y emulación de las universidades privadas entre sí y de éstas con las del Estado. El, «*con grande*

emoción y con un fervoroso voto porque Dios le depare un brillante destino», declaraba solemnemente instalada la Universidad Católica de Venezuela el 24 de octubre de 1953.

El P. Plaza tuvo un programático discurso de apertura. En él resaltaba la desproporción entre la realidad de lo que en ese momento inicial era la Universidad y el sueño de su futuro desarrollo:

«De suprema podemos calificar la aspiración de la Universidad de prestar su decidida colaboración a todas las fuerzas que se emplean en la formación de la juventud, a las autoridades educacionales, a quienes incumbe lo más extenso de la tarea y a los educadores todos, que consagran su vida a la noble labor de forjar hombres. Queremos sumarnos, en forma fraternal, a ese gran todo de las Universidades de Venezuela, cuyos ideales y programas estarán siempre dictados por un noble anhelo educador.

Nacemos en forma modesta, casi mínima: apenas con dos facultades. Aspiramos, sin embargo, a dar a nuestra Universidad un rápido desarrollo. Aspiramos, igualmente, a facilitar al máximo el acceso a sus aulas, estableciendo un régimen económico que a nadie resulte gravoso. Aspiramos a que el nombre que ostenta la Universidad sea un reclamo de colaboración de todos aquellos que sientan la pasión pedagógica, amen a Venezuela y a su juventud».

Con la ayuda de Dios estos propósitos se fueron haciendo realidad. Aquellos 156 estudiantes primeros se han convertido en 9.500 en pregrado y 1.800 en postgrado. Nuestro alumnado universitario supera el total de los que había en el país en 1953. Hoy, Venezuela, tiene medio millón de estudiantes en educación superior frente a menos de 10.000 hace 40 años. Nuestra Universidad ha podido desarrollar, con la colaboración de muchas personas que han creído en este proyecto, este hermoso campus universitario. Este año superaremos la cifra de 27.500 egresados entre postgrado y pregrado. Gracias a una honesta y austera administración estamos ofreciendo educación de calidad a un costo cuatro veces inferior al costo promedio de la educación superior pagada por el presupuesto público. Numerosos profesores y empleados han identificado sus vidas e ideales con este proyecto y han hecho posible su continua superación. Un 18% de nuestros estudiantes se beneficia del sistema de pensiones proporcionales y diferidas, de crédito educativo y de becas trabajo. Esto hace posible el cumplimiento del firme propósito fundacional de que nadie por razones económicas quede excluido de nuestra universidad, si tiene talento, vocación para el estudio y verdadero deseo de trabajar.

Sin duda, todo esto es para dar gracias a Dios y considero que la mejor forma de agradecimiento de los favores y de la herencia recibida es la que se traduce en buenas obras para que continuamente se supere este servicio educativo que cada año es solicitado por más gente en su modalidad de pregrado, postgrado y de cursos de formación continua.

En esta hora particular de Venezuela quiero compartir con ustedes algunas reflexiones a propósito de una misión que señaló el P. Plaza, a esta casa de estudios. «*La Universidad -decía- se esforzará por enseñar a sus alumnos a ser ciudadanos de Venezuela, de América y del mundo*». Pues bien, Venezuela está al borde del abismo por falta, precisamente, de ciudadanos con verdadero y activo espíritu público. Más aún, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que la escasez de ciudadanos cabales es en el momento actual el problema más urgente que tiene el país y la formación de éstos, el camino estratégico para producir las transformaciones que todos anhelamos.

Para ser ciudadanos de Venezuela, no basta haber nacido en este territorio, ni ser nacionalizado. La ciudadanía no se hereda, ni se aprende como una materia que se incluye en un p \acute{e} nsum. La ciudadanía es espíritu cívico y educación moral que se aprende con el ejemplo y la práctica; pero no basta aprobar la materia de moral y cívica para llegar a ser activo participante de la polis.

El verdadero ciudadano es aquel que tiene la actitud de asumir lo público de un país como propio, convirtiéndose en productor y guardián del mismo. El ciudadano existe donde se da la virtud de la responsabilidad de cuidar lo público como propio, haciendo que la voluntad personal y la voluntad general se encuentren al asumir como propio aquello que es de otros, para convertirlo en bien común de nosotros. No puede haber una República sin que haya ese proceso moral en el que crecemos del yo aislado e individual hacia el nosotros del compromiso asumido para producir el bien común. Tampoco hay ciudadanía, sino inhumana tiranía, donde el yo es negado bajo el pretexto de afirmar un nosotros colectivo. El difícil secreto de la vida pública bien ordenada es lograr el encuentro entre la voluntad general entre el interés particular y el interés común. A eso ayudan leyes bien ordenadas. Pero las leyes, sin un floreciente espíritu público en las conciencias y en las conductas personales, se convierten en letra muerta o legitimación del abuso de los poderosos.

Las virtudes públicas se forman más en la práctica que en la teoría. Se siembran y florecen en los pequeños jardines de la vida doméstica, de

las asociaciones de vecinos, de las iglesias, de los municipios, de las asociaciones culturales y educativas, en una palabra, en los cuerpos sociales intermedios entre el individuo y el Estado. Por eso en esta hora de Venezuela y en esta celebración de la madura adultez de la Universidad Católica Andrés Bello, en sus cuarenta años, los invito a todos a que tomemos el compromiso de hacer de la Universidad una escuela viva de espíritu público y de ciudadanía, capaz de asumir la integridad del bienestar común de todos los venezolanos como algo que nos atañe personalmente.

Para poder decir con verdad que asumimos con espíritu público la salud de Venezuela como un todo, tenemos que cultivarlo y desarrollar en la práctica en aquellos ámbitos de acción que están en nuestra vida cotidiana; no importa cuán pequeñas sean nuestras acciones. La Universidad toda está diseñada en nuestro Estatuto Orgánico como una pequeña república que debemos hacer y cuidar entre todos. No basta ser cliente de la Universidad, ni su simple beneficiario, ni menos su parásito que vive a expensas de ella sin aportar nada. La Universidad no es un supermercado donde se entra, se compra el artículo que se quiere y se va a casa.

Asumir como propio el cuidado de jardines y salones, el buen funcionamiento del aula y la armonía creadora de un curso, es ser estudiante universitario; aportar iniciativas para el crecimiento y la cualificación académica; velar para que la administración de la Universidad sea honesta, transparente y eficiente de manera que pueda presentarse dentro y fuera del país como un modelo de óptimo uso de recursos escasos, es asumir la Universidad como responsabilidad propia. Estas y otras muchas actividades de iniciativa estudiantil, son maneras de aprender a ser ciudadanos comenzando a serlo. Todas las instancias de representación estudiantil y muchas iniciativas espontáneas son otros tantos cauces fecundos.

Lo que hay de bueno y positivo hoy en la Universidad y lo que ella y sus egresados han aportado al país en los 40 años pasados, es fruto de esa conciencia pública y del esfuerzo por formar ciudadanos de Venezuela. Quien no desarrolla esto en su vida universitaria, menos lo hará en la vida nacional. Y Venezuela sin ciudadanos se hunde despedazada por la irresponsabilidad y por la voracidad de sus habitantes que se disputan por apropiarse del mayor mordisco del patrimonio común. En esa rebatifa en el reparto del botín nacional siempre hay animales más fuertes, con colmillos más largos, con garras más afiladas y más cerca de la presa para llevarse la parte leonina. Esa es la pseudo-república sin ley ni conciencia, donde la mayoría es condenada a la miseria.

Asumir el espacio público universitario como propio y trabajar día a día para mejorar la vida académica, el ambiente de convivencia, el uso de los bienes con el máximo cuidado, no puede ser una especie de egoísmo compartido entre los privilegiados que formamos parte de la UCAB. La Universidad es escuela de ciudadanía en la medida en que esa práctica interna de la responsabilidad pública nos lleve a asumir al país entero, a la República como algo propio, como algo que será lo que nosotros hagamos de ella. Tampoco se trata de asumir sólo la parcela de mis intereses, de mi clase social o de mis negocios, sino que la medida ciudadana y la talla de la República está dada por la capacidad que tengamos de asumir como propio el destino y la calidad de vida humana de las mayorías, sobre todo de las mayorías más pobres del país.

En la responsabilidad pública se encuentran el sentido ético y las raíces de la conciencia religiosa. En los profetas del Antiguo Testamento aparece que la medida de la calidad moral y religiosa es el lugar que damos en nuestras sociedades y personas al huérfano, al pobre y a la viuda. En el Nuevo Testamento se nos invita a crecer como personas, abriéndonos a los demás, haciéndonos hermanos y servidores, de manera que al salir de nosotros mismos, nos encontremos a nosotros mismos. Ahí se encierra el secreto de la verdadera religiosidad y el tesoro escondido del conocimiento de Dios y la bendición de una convivencia humana armoniosa.

A la larga vida civil y la salud de la República son imposible sin ciudadanos capaces de asumir la suerte de los más pobres, de manera que la superación de la inhumana pobreza sea objetivo nacional. En nuestro caso, quien siente que su vida nada tiene que ver con la matanza de los yanomamis, ni con la pobreza crítica de la quinta parte de la población, ni con el pésimo servicio educativo de la mayoría de los niños venezolanos pobres, ni con las personas que por miles se pudren en las cárceles, mal puede considerarse buen ciudadano venezolano y poca autoridad moral tendrá para formar parte del coro de los críticos.

En la Universidad, cada Facultad, cada Escuela, cada curso tiene que ser escuela práctica de crecimiento ciudadano por medio del ejercicio de la responsabilidad en la producción y el cuidado de la vida universitaria de más calidad y también de la sistemática asunción en la praxis de los problemas nacionales más vinculados con sus carreras.

Para ser más explícitos, creo que hay escuelas, cursos y grupos de jóvenes que padecen fuerte anemia en su sentido público intra y extra universitario. He aquí un campo formidable para la iniciativa y el

crecimiento. Quienes lo hagan serán verdaderos voluntarios del ejército de salvación nacional y no formarán parte de esa legión inútil de charlatanes que se contentan con llenarse la boca de denuncias y de promesas pensando que pueden disfrazar con las palabras lo que no hacen con los hechos.

Muy pocos saben que Fe y Alegría nació en la Universidad Católica Andrés Bello, fruto de este espíritu público y de responsabilidad que lleva el cristiano a sumir como propios los problemas sociales que niegan la vida a nuestros hermanos. Para el curso 1954-55 llegó de Mérida el P. José María Vélaz, para ayudar en la pastoral y espiritualidad a los 250 estudiantes universitarios que tenía la Católica en ese segundo año de su existir. Antes de Navidad ya había plantado el árbol tímido y prometedor de Fe y Alegría en la Universidad. Cito un escrito de esos días que dice así:

«Con el fin de inspirar y fomentar el espíritu apostólico entre los universitarios y universitarias, el P. Vélaz ha fundado un movimiento o cruzada social en favor del niño necesitado. Se le ha bautizado con el nombre de "Fe y Alegría". Su presentación oficial tuvo lugar el 11 de diciembre (1954) en el salón principal de la Universidad, engalanado de antemano con bellos y llamativos cartelones que anunciaban la nueva cruzada en pro de tantos niños abandonados de nuestros barrios caraqueños. La idea ha sido muy bien acogida por un grupo de alumnos congregantes (Marianos); a ellos se han añadido las alumnas simpatizantes de esta cruzada. Grupos de ellos y ellas ya han comenzado a visitar los cerros de Caracas y a palpar la miseria en que viven sus habitantes».

Así, muy modestamente, se implantó esta semilla del bien. Hoy «Fe y Alegría» es un movimiento de educación popular integral mundialmente reconocido, con más de 100.000 alumnos en Venezuela. Se ha extendido a 12 países latinoamericanos y atiende a 500.000 niños y jóvenes que viven «donde termina el asfalto».

No podía ser más modesto el inicio, pero la semilla era buena, la causa era justa y la necesidad creciente. En aquel entonces no habría más de 40.000 personas en los barrios pobres caraqueños. Hoy pasan de 2 millones. El afianzamiento y crecimiento de «Fe y Alegría» fue lento y muchos los obstáculos en el camino, pero las convicciones profundas mueven montañas y de aquella tímida semilla ha salido el actual bosque frondoso de «Fe y Alegría».

No acepto de ninguna manera la afirmación de que la joven generación

actual tiene menos capacidad y corazón para asumir las urgencias nacionales que la que tuvieron sus padres hace 40 años. No sé cómo, ni con qué iniciativas, pero estoy seguro de que los estudiantes de la Universidad Católica Andrés Bello de hoy, debidamente apoyados y acompañados por profesores y autoridades, asumirán la realidad nacional con iniciativas prácticas de variado servicio a la comunidad. Desde hace unos años estamos desarrollando excelentes proyectos con las comunidades de Antímano, La Vega y otras. Este año se va ampliar esta acción. Pero no basta. Yo espero que entre los estudiantes mismos surja un vigoroso movimiento de voluntarios que se vaya contagiando de manera entusiasta. No me resigno a ver voluntarios de diversos países europeos que en el Amazonas, en Los Llanos, en Los Andes o en Oriente sirven por varios años y que no haya movimientos similares en la juventud venezolana. Si no hacemos servicio militar a la patria, hagamos servicio social. Ucabista, dona parte de tu tiempo a lo largo de este curso. Tu tiempo es vida y con una donación de dos horas semanales por ejemplo, se pueden poner las bases firmes de una juventud que asume el país como propio y que funda nueva ciudadanía como camino de rescate nacional.

A veces se contrapone fácilmente lo público a lo privado y este enfrentamiento se lleva al campo educativo como si la educación financiada por el Estado fuera pública y la que promueve y sostiene la iniciativa ciudadana fuera privada, sin responsabilidad pública.

Nada más equivocado ni más lejano de la identidad de esta Universidad. La Universidad Católica Andrés Bello, es una Universidad de servicio público, de iniciativa social y de administración privada. Y no es así porque hoy se nos ocurre proclamarlo como un malabarismo de palabras engañosas, sino porque con esa identidad nació y con ella se ha desarrollado y dado los mejores frutos.

El Reglamento Orgánico de 1953 que permitió la apertura de las Universidades Privadas en Venezuela dice en su artículo 1º:

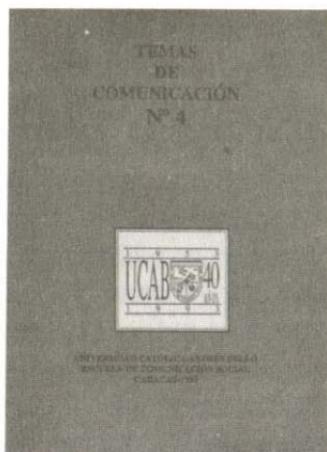
«Las Universidades privadas, al igual que las Universidades Nacionales, son instituciones de carácter público, destinadas a preparar básicamente profesionales civiles y fomentar la ciencia en sus aspectos de investigación y aplicación, y cultura en general. Las Universidades privadas cumplirán así mismo sus fines en función de los requerimientos de la Nación. En consecuencia, serán regidas por el presente Reglamento, y los casos no previstos en éste los resolverá el Ejecutivo Nacional dentro del espíritu y la normas

de la Ley de Universidades Nacional»

Ahora que comenzamos el curso en un país que está lleno de incertidumbres y de deseos de cambio, los invito a vivir consciente y activamente la Universidad, para que en la práctica combine cada día mejor su carácter de institución de servicio público, de iniciativa social y de administración privada.

Ucabista tus hechos tienen la palabra.

Caracas, 1 de Octubre de 1993



Temas de Comunicación N° 4

Temas de Comunicación

Universidad Católica Andrés Bello.
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Comunicación Social
Directora: Caroline B.-B. de Oteyza
Incluye referencias bibliográficas
Caracas Venezuela 1993

Depósito Legal: pp 92-0132

ISSN 0798-7803

"De la revista de la Escuela de Comunicación Social de la UCAB, «TEMAS DE COMUNICACION», que llegando apenas a su cuarto número ya se ha hecho acreedora de un Premio Municipal de Periodismo, les diré cuales me parecen ser sus tres principales virtudes: 1° que existe y sobrevive con brío, lo que no es poco decir en un ámbito donde las revistas, por efímeras, se ganaron aquel patético epíteto de «hojas al viento», que les endilgara, en un momento de tristeza, el muy recordado José Fabbiani Ruiz; 2°, que es una muy buena publicación, digna de figurar al lado de las mejores del sub-continente, como serían "Chasqui" o «Diálogos», y 3°, que tiene la coherencia de reflejar principalmente el quehacer intelectual de la Escuela y del Centro de Investigación de la UCAB, sin mayores divagaciones hacia la todología, lo que le confiere un sólido perfil. Nos queda desearle una muy larga vida".

Antonio Pasquali